



Patrick Hamilton
Los esclavos de la soledad



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

PATRICK HAMILTON

Los esclavos de la soledad

Traducción de
Vicente Campos

Prólogo de
Doris Lessing

Galaxia Gutenberg

Prólogo

La volubilidad de la fama de un escritor pocas veces se ha visto tan drásticamente subrayada como en el caso de Patrick Hamilton. Sabemos que, en ocasiones, a la muerte del autor, éste cae en el olvido y, con frecuencia, sólo más adelante recupera cierto renombre; pero Hamilton siguió ignorado, convertido en un absoluto desconocido, más tiempo del habitual. Una decía: «Patrick Hamilton», y escuchaba como respuesta: «¿Quién?», incluso en los Departamentos de las facultades de literatura; pero con el tiempo, sus admiradores y una variación natural en el ciclo invisible que determina la fama hicieron que se reeditaran algunos de sus libros, de manera que ahora se le recuerda de nuevo.

En vida fue muy conocido como novelista y dramaturgo, se le consideraba el heredero de Dickens, George Gissing y Defoe. No fue un gran escritor, pero no se le olvidó temporalmente por eso. Los grandes escritores pueden sufrir el mismo sino: George Meredith, sin ir más lejos, el más civilizado e ingenioso de los escritores, sigue hundido a muchas brazas de profundidad en el mar del olvido. Lo que distingue a Patrick Hamilton es una capacidad de empatía inmediata que convierte a algunos de sus personajes, de sus escenas, en tan memorables como los de Dickens, tan dolorosos como los de Gissing.

En los años cuarenta lo leían los jóvenes. Por entonces, yo vivía en Rodesia del Sur, atrapada allí contra mi voluntad en primer lugar por la Segunda Guerra Mundial y después por la posguerra –sin barcos ni transporte aéreo para el viajero común y corriente en el futuro inmediato–, suspirando por mis orígenes (durante toda mi vida, siempre había oído que se referían a Inglaterra como

«Casa»), y le escribí a un amigo que había estado en la RAF en lo que entonces era Salisbury (hoy Harare) en período de instrucción y le pregunté cómo era Londres en aquellos días. «No podemos seguir recurriendo eternamente a Dickens como guía.» Él me envió las novelas de Patrick Hamilton, que a todas luces no retrataban una prometedora imagen de abundancia y tiempos dorados, sino que concordaban con las informaciones que recibíamos de una Inglaterra bombardeada, asediada, sometida al racionamiento. Cuando en 1949 pude por fin ir a Londres, las páginas de Hamilton cobraron vida en los pubs, las calles y los hoteles baratos. El escritor estaba en boca de todos, era muy popular y contaba, a la vez, con la aprobación de los árbitros del gusto literario. Sus obras dramáticas se representaban en el West End; *La soga*, por ejemplo, la adaptó Hitchcock al cine, luego se hicieron versiones para la radio y, más tarde, para la televisión. *Hangover Square* era muy conocida. Todos los que leían, le leían, y se esperaba su siguiente libro como hoy en día se espera la obra de nuestros escritores populares. Se le conocía en los círculos izquierdistas porque era comunista, o eso se decía. «El Partido» —que era como se llamaba al Partido Comunista por entonces— se enorgullecía de él, al modo contradictorio en que se enorgullecen los partidos comunistas. Les encantaba alardear de contar en sus filas con un autor tan famoso, pero desconfiaban de escritores y artistas que, con frecuencia, no estaban muy dispuestos a amoldarse a la línea marcada por el Partido. Los cotilleos sobre él distaban de ser malévolos, aunque, con los rumores que corrían, bien podrían haberlo sido. Se estaba matando con la bebida, y pese a que algunos intentaron que la dejara, todos los esfuerzos habían sido en vano. Se le conocía por enamorarse con poca fortuna, cuando no ridículamente; al menos en una ocasión, de una prostituta. Por otro lado era generoso con un dinero que, por entonces, le sobraba y ayudaba a jóvenes escritores y a amigos en situaciones apuradas.

Había sido pobre, y sus retratos de la pobreza poco

tenían de académicos. No alcanzó el éxito en cuanto empezó a escribir, pero en aquellos tiempos, los jóvenes escritores tampoco esperaban hacerse ricos instantáneamente. Era una persona amable, accesible y encantadora, a decir de todos, que también apuntaban: «Qué tragedia, qué pena». Y, en efecto, lo mató la bebida, y fue una tragedia. ¿Tres botellas de whisky al día? ¿Es eso posible?

La razón principal de que Hamilton tardara tanto en recuperar cierta fama pública fue que su Londres desapareció íntegramente en el curso de la transformación que sufrió la ciudad en la segunda mitad de los años cincuenta. Las calles sucias, mutiladas por la guerra, mugrientas y sin pintar que me recibieron a mi llegada dieron paso a algo nuevo, algo animado. El color volvió, las ruinas bombardeadas desaparecieron. Y la gente también cambió. Cuando entrabas en un pub, los personajes de Hamilton ya no estaban allí. Había jóvenes por todas partes, sobre todo en los nuevos *coffee bars*, cortesía de los italianos. Hasta los mismos pubs se reformaban, no siempre con el aplauso unánime.

Los personajes de Hamilton surgían de una historia desdichada, de unos tiempos difíciles. Hoy día se ha olvidado que, antes de la Primera Guerra Mundial, se hablaba mucho de una revolución inminente –tan desesperada era la situación de los trabajadores–, aunque en la actualidad se tiene la falsa impresión de que el Imperio beneficiaba a todos. El miedo a la revolución hizo que el rey Jorge se negara a dar asilo a sus parientes Nico y Alex, zar y zarina de Rusia. Suplicaron su ayuda, no la obtuvieron y fueron asesinados. Luego llegó la Primera Guerra Mundial con sus estragos, y las dificultades de la posguerra. Siguió el hundimiento de Wall Street y la Depresión. Con frecuencia se olvida que la situación de los trabajadores era tal que generaciones enteras se alimentaban de pan y tocino, pan y margarina, y azúcar y té. Cuando se presentaban a la talla en los centros de reclutamiento, los soldados rasos de las clases bajas medían treinta centímetros menos que los jóvenes de clase

media, y estaban en unas lamentables condiciones físicas. La Segunda Guerra Mundial y sus secuelas empobrecieron Gran Bretaña. Evelyn Waugh, Nancy Mitford y Antony Powell escribieron prolijamente la crónica de las clases adineradas, pero había otros testigos, de los cuales Patrick Hamilton era el más fiable.

Estos días, la gente se pregunta: «Pero ¿cómo es posible que tanta gente se hiciera comunista?, ¿por qué?».

Es esta historia, en especial la desesperación que acrecentó la depresión económica, lo que hizo comunistas a tantos.

Varias décadas difíciles y turbulentas habían creado el mundo de Hamilton, poblado de maleantes y estraperlistas, de chantajistas y amargados, de ladrones y asesinos, y de algunas de las mujeres más repulsivas de la historia de la literatura. También se ha olvidado que por entonces las chicas tenían que buscar maridos que las librasen del sino de la soltería y de una desdichada vejez; tenían que encontrar hombres de quienes aprovecharse. Hoy las chicas buscan trabajo. Las que en aquella época tenían empleo distaban mucho de ganar los salarios de los hombres. Hamilton relata los esfuerzos de chicas sin un céntimo para ser decentes y honestas, igual que lo hiciera George Gissing antes que él. Pero creo que las zorras intrigantes y codiciosas de Hamilton quedan grabadas en la memoria de los lectores con un horror que no produce ningún otro escritor.

Hamilton sabía odiar. Como George Orwell, detestaba ciertas clases de la sociedad británica. Aborrecía la pretenciosidad y el esnobismo, el desconocimiento del mundo exterior, unidos a una autocomplacencia que procedía de saberse miembros del mayor imperio del mundo. Y además estaban los verdaderos villanos, como Gorse: la trilogía¹ se convirtió en una serie de televi-

1. *The West Pier* (1952), *Mr. Stimpson and Mr. Gorse* (1953) y *Unknown Assailant* (1955). El personaje al que alude Lessing es Ernest Ralph Gorse, tímido y asesino carente de escrúpulos que

sión y dio un neologismo al idioma: «Ése sí que es un *Gorse*», se oía.

Los esclavos de la soledad se desarrolla en plena guerra, pero no en Londres, donde la vida era más fácil, aunque más peligrosa, que en las afueras. En la ciudad había restaurantes para los ricos, la gente bailaba en los grandes hoteles. Una mujer mayor me comentó: «Era todo muy glamuroso, ¿no lo entiendes? Aquellos preciosos uniformes, y tantos hombres de todo el mundo... Cualquiera chica con el mínimo atractivo se lo pasó como nunca en la vida». Un norteamericano, que había realizado muchas incursiones aéreas sobre Alemania, contaba que, entre bombardeo y bombardeo, sus colegas y él bailaban todas las noches en hoteles de Londres. Se lo pasó en grande. Una nueva interpretación, parece, de «los mejores años de nuestra vida».

Pero esas comodidades eran desconocidas en los pequeños pueblos de los alrededores de Londres, donde la gente pasaba como podía una guerra que parecía eternizarse. «En el pasado hubo una guerra de los Treinta Años, ¿no? ¿Y una de los Cien Años, no? ¿Por qué no íbamos a tenerla nosotros?»

Su guerra era oscura, opresiva, fría... e interminable. Algunas patronas encontraron las restricciones de guerra muy de su gusto. En Rosamund Tea Rooms —en el pasado un auténtico salón de té (un nombre que basta para revivir recuerdos de pésimas pensiones y de hoteles tacaños)—, la patrona quita las bombillas de los casquillos para que los inquilinos tengan que usar sus linternas dentro, como ya lo hacen fuera, en las mal iluminadas calles. La señorita Roach, la paciente y sufrida heroína, no piensa demasiado en la suerte de la guerra, los imperios aplastados, las ciudades en ruinas, los mares gélidos llenos de muertos. Para ella, la guerra era todo desgaste y privación.

engatusa a sus víctimas, siempre femeninas, con su labia, su inventiva y su atractivo. (*N. del T.*)

La guerra... iba vaciando lenta y sistemáticamente, mes a mes, semana a semana, día a día, los estantes de las tiendas: haciendo desaparecer los cigarrillos de los estancos; los dulces de las confiterías; el papel, los lápices y los sobres de las papelerías; los accesorios de las ferreterías; los licores y la cerveza de los bares; y así sucesiva e interminablemente, mientras, al mismo tiempo, poco a poco desaparecía la loza de las cafeterías; las verjas metálicas de los lugares familiares; los medios de transporte de la calle; las habitaciones de los hoteles; y las plazas de asiento o incluso de pie de los trenes.

Me acuerdo de una mujer que leyó los diarios personales que escribió durante la guerra años más tarde y descubrió que no mencionaba nunca grandes acontecimientos como Stalingrado o el asedio de Leningrado. Había escrito sobre el oscurecimiento, sobre las colas que hacía para conseguir un poco de carne aparte de la que le correspondía por el racionamiento o unas pastas.

El sombrío ambiente general se ve animado por un soldado norteamericano, nacido para encarnar el viejo chiste: «Demasiado bien pagado, demasiado sexual y demasiado... cerca». Entre esos ingleses exhaustos y desgastados por la guerra, él se presenta como un hombre corpulento, rubicundo, generoso, despreocupado, siempre de buen humor y dispuesto a pasárselo bien. Entre sus excesos emocionales se cuenta la compulsión de pedir que se casen con él a todas las chicas que conoce, también a la señorita Roach, que a los treinta y nueve había «abandonado toda “esperanza”» –por usar la vieja expresión– hacía años. Por extraño que pueda parecer, pese a considerarse un «caso perdido» acababa de recibir una propuesta de matrimonio de «un hombre insufrible que había sabido ver de algún modo las posibilidades [de la señorita Roach]». La tristeza resignada y reflexiva al rechazarle se debía a que pensaba en «la alegría que habría sentido de haber recibido, en ese mismo

momento, o en cualquier otro de su vida, una propuesta que hubiera podido aceptar razonablemente».

¿Tan sorprendente parece que un «caso perdido» y sin esperanza como la señorita Roach acoja con entusiasmo las distraídas atenciones que le brinda el teniente, cuya chapucera alegría animaba los espíritus de aquella comunidad de gente exhausta?

En esta novela están dos de los personajes más repulsivos de Patrick Hamilton. Uno es el señor Thwaites, un acosador que había elegido como víctima a la señorita Roach; y el otro, una alemana, Vicki, que ama en secreto a los nazis, intrigante, codiciosa y rencorosa. No hay manera de salvarlos, a menos que se les considere demasiado estúpidos para darse cuenta de su extrema vileza. Entre los dos atormentan a la templada y sensata señorita Roach hasta el punto de empujarla a la violencia, y al final del relato la encontramos acostada en una cama de un buen hotel de Londres, expulsada de Rosamund Tea Rooms, y a la mañana siguiente emprenderá la búsqueda de un sitio donde vivir en esa atestada ciudad. Nada sabe del «bombardeo de febrero que no tardaría en abatirse sobre Londres», ni de bombas volantes, cohetes y bombas atómicas que pondrían fin a la guerra. Tras largas meditaciones temerosas, «intentó serenarse para conciliar el sueño».

«Que Dios nos ayude, que Dios nos ayude a todos, que Dios nos ayude a todos y a cada uno de nosotros», acaba la triste novela. Bien podría servir de epitafio para todas las novelas de Patrick Hamilton.

¿Es lícito preguntarse qué clase de terribles persecuciones padeció él mismo para poder escribir tan bien sobre estas víctimas, como la señorita Roach, George Harvey Bone y tantos otros que luchan por salir adelante frente a tantas circunstancias adversas?

Su Londres puede haber desaparecido, pero lo que nunca desaparece es la gente honorable, honesta y sensible desquiciada por la fría codicia, los maleantes, los acosadores y los estúpidos.

Aquel Londres ya no existe, hasta el extremo de que podemos preguntarnos si sus novelas pueden calificarse de históricas. Pero todavía vive gente que recuerda perfectamente la miseria, la lóbreguez y los estragos de la guerra en la zona de Tottenham Court Road —reflejadas en otra de sus novelas, *Twenty Thousand Streets Under the Sky*—, ahora tan elegante y llena de vida comercial, el estado ruinoso y desvencijado del área de Notting Hill Gate, el barrio de moda hoy día, y la pobreza de ciertas pensiones y hoteles baratos.

DORIS LESSING,
2006

En *Los esclavos de la soledad*, cuyos personajes son inventados, Thames Lockdon guarda un vago parecido con Henley-on-Thames. Por el contrario, Rosamund Tea Rooms no está inspirada en ninguna pensión concreta de esa localidad ni de otra, aunque esperamos que algunas de sus características recuerden a las de cualquier pequeño establecimiento de esa clase de los que hay por todo el país.

CAPÍTULO I

I

Londres, monstruo agazapado, tiene que respirar, como cualquier otro monstruo, y respira, claro, a su manera turbia y maligna. Su oxígeno vital lo componen toda clase de trabajadores –hombres y mujeres– de las afueras de la ciudad, que por la mañana son aspirados a través de un aparato respiratorio infinitamente intrincado de trenes y estaciones y van a parar a los enormes y congestionados pulmones, donde quedan retenidos durante varias horas, para luego, por la noche, ser exhalados violentamente a través de los mismos canales.

Los hombres y mujeres están convencidos, en mayor o menor grado, de que entran y salen de Londres por voluntad propia, pero el monstruo agazapado todo lo ve y sabe la verdad.

La zona afectada por esta inmunda inhalación se extiende de hecho más allá de lo que solemos considerar el extrarradio hasta abarcar ciudades, pueblos y condados que distan cuarenta kilómetros, y aún más, de la capital. Entre esos pueblos se encontraba Thames Lockdon, situado a las orillas del Támesis, unos kilómetros después de Maidenhead, en la línea férrea de Maidenhead.

Las circunstancias eran las propias de una guerra intensa, un invierno riguroso y un oscurecimiento¹ no me-

1. Entre las medidas de defensa civil que a partir de 1939 tomaron las autoridades británicas para entorpecer los bombardeos aéreos alemanes resultó especialmente problemática el *blackout* (oscurecimiento): desde media hora después del crepúsculo hasta

nos riguroso del país, en pleno mes de diciembre. La locomotora que traía el tren de las seis y media desde Paddington entró exhalando vapor en la estación de Thames Lockdon a eso de las siete y cuarto. Se detuvo por completo al contactar con los topes, pues era una estación término, y silbó con furia. Ese silbido, en las tinieblas de la estación, bien podría haber pasado por el sonido del último aliento, del último suspiro de agotamiento que exhalaba el monstruo agazapado al expulsar a la gente en este puesto avanzado junto al río, liberándola por fin de su influencia y dominio cotidianos. O quizás, esta noche se tratara tan sólo de la locomotora silbando entre dientes para combatir el frío.

Alguien que esperara a un amigo en la barrera de salida habría visto las puertas de los compartimentos abriéndose de golpe por todas partes (como si una especie de pánico hubiera recorrido el tren de arriba abajo) y, al momento, a un pequeño ejército de personas que volvían a casa lanzado al ataque, precipitándose hacia la luz desmayada —como de luna enferma— que iluminaba apenas encima del encargado de recoger los billetes. Los que se apearon primero pasaron rápidamente, pero al poco la impetuosa multitud quedó detenida en un cuello de botella y se formó una larga y lenta cola de gente que arrastraba los pies e iba dejando que le arrebataran los billetes de la mano a la débil luz de la luna.

Traspasada la barrera, los viajeros apresuraban el paso en ruidosa estampida sobre el suelo de madera pelada, pasaban por delante de la taquilla y salían a la noche por partida triple. Fuera, esperando a los ricos o a

media hora antes del amanecer, se apagaba la iluminación pública, se cubrían casi por completo los faros de todos los vehículos y los ciudadanos debían evitar que la luz de los establecimientos públicos y de sus hogares se viera desde el exterior. Los accidentes de tráfico y las caídas —pese a las linternas que utilizaban para desplazarse por las calles— se multiplicaron hasta el punto de que llegó a plantearse si el «oscurecimiento» no causaría más víctimas que los bombardeos. (*N. del T.*)

quienes iban cargados de equipaje, se distinguían apenas algunos coches y taxis al acecho, en silencio o con los arranques automáticos vibrando, o alejándose ya cautelosamente. Las linternas se acercaban lanzando destellos o se desvanecían como luciérnagas. Éstas acabaron desperdigándose en una atmósfera en la que se mezclaban la sensación de puesta en libertad, la cautela ante la oscuridad y la recuperada y dolorosa percepción del frío.

Para llegar a Rosamund Tea Rooms (que ya no era un salón de té sino una pensión), la señorita Roach, que tenía treinta y nueve años y trabajaba de secretaria amén de cumplir diversas funciones en una editorial en Londres, podía doblar tanto a la izquierda y caminar por las calles comerciales, como a la derecha y pasar por delante de las casas que bordeaban la orilla del río. Venía a ser lo mismo: tardaba cinco o seis minutos en ambas rutas. Sin embargo, normalmente optaba por la ruta del río porque éste, tratándose de un espacio abierto formado por agua en movimiento fluido, le producía, sin que fuera consciente, una efímera sensación de evasión, de «respiro», como la que uno tiene cuando pasea por la playa en unas vacaciones junto al mar; y eso que ni siquiera podía ver el río, ni ninguna otra cosa en el universo aparte de las otras luciérnagas y los fragmentos de acera que abarcaba el círculo iluminado por su linterna.

Oyó a una pareja aterida de frío murmurando y tropezando a sus espaldas y a otra murmurando y tropezando por delante. Un solitario portando su correspondiente luciérnaga la adelantó dando un traspié. La tierra parecía más lejos de las estrellas, como si se ocultara; el río y el precioso puente del siglo XVIII también parecían ocultarse a las personas; y hasta éstas se ocultaban unas de otras. Así era la guerra a finales de 1943.

En la puerta de cristal del River Sun –tal vez el bar más popular y de moda de Thames Lockdon, ubicado en una esquina que daba al río y que ella dejaba ahora a su izquierda– pudo distinguir la alegre palabra «ABIERTO», que resplandecía tenue con un tono violeta claro,

transparentándose a través del tejido opaco que cubría el cristal. Pero, debido a la forma en que obligatoriamente tenía que hacerse, hasta ese pequeño detalle de luz y bienvenida daba una vez más la impresión de quedar muy alejado, casi oculto, y traía a la cabeza una imagen de oscuros y subrepticios placeres que supuestamente se disfrutarían dentro, como si el River Sun fuera un vulgar burdel de río en lugar de un establecimiento decente.

Cuando llegó a la altura del puente, se desvió a la izquierda, pasó por delante de la iglesia y entró en Church Street. Rosamund Tea Rooms estaba hacia la mitad de la calle, a la izquierda.

No veía Church Street, pero en la oscuridad se la imaginaba con toda viveza, con tanta viveza como la de un ciego o un insomne que, tras mirar directamente a una luz, de repente la apaga y aprieta los ojos con fuerza. Ella la veía a la luz del sol estival: la calle comercial ancha y no muy larga, que ni siquiera era la principal calle de tiendas del pueblo, High Street, pero que tenía un aire de mayor distinción que ésta gracias a su anchura y a la iglesia erigida al fondo. Veía cada tienda y cada edificio: la gasolinera, el bar, el banco, la carnicería, el estanco, la ferretería, los diversos establecimientos de comidas y salones de té, y todas las demás fachadas comerciales en las plantas bajas insertas en el fárrago arquitectónico —el forcejeo entre lo grácil, auténtico y antiguo por un lado y las descabelladas imitaciones de una falsa vetustez por el otro—, característico de una población como Thames Lockdon, medio pueblo, media ciudad, un lugar que un agente de Bolsa o un corredor de apuestas que pasaran por allí en su coche —en tiempo de paz, de vuelta a su piso con calefacción central en una manzana de Londres— llamarían «muy bonito», un lugar por el que, más que otra cosa, resulta agradable pasar de largo.

Título de la edición original: *The Slaves of Solitude*
Traducción del inglés: Vicente Campos González
Diseño: Josep Bagà

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)/
Galaxia Gutenberg
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es
www.galaxiagutenberg.com
1 3 5 7 9 8 0 0 4 8 6 4 2

© Patrick Hamilton, 1947
© del prólogo: Doris Lessing, 2006
© de la traducción: Vicente Campos González, 2008
© Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal), 2008

Depósito legal: B. 11631-2008
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L., Barcelona
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts
Barcelona, 2008. Impreso en España
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-3037-6
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-722-1
N.º 47464